

Lo que sea de cada quien

Azorín en el metro

Vicente Leñero

En la puerta me sorprendió don Ramón. Yo salía cuando él entraba. No eran aún las seis de la mañana.

—¿A dónde tan temprano? —me preguntó.

—Voy a caminar.

—¿Sale a caminar todos los días?

—¿Hay algún problema don Ramón?

—No, no, se lo pregunto porque ya son varias veces que lo veo o que lo oigo levantarse a estas horas. —Me observaba fijamente. Su cuerpo cubriendo el vano de la puerta.

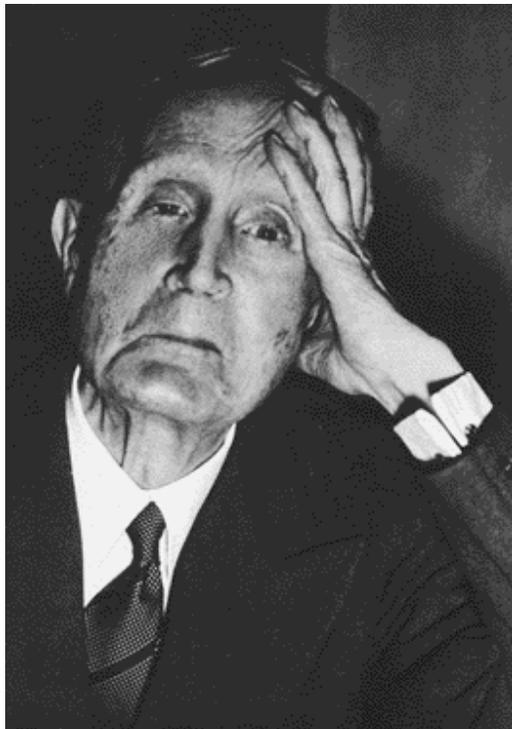
—¿Puedo salir? —pregunté.

—Claro que puede salir. —Y se hizo a un lado para dejarme cruzar.

Viejo metiche pero buena persona, don Ramón era el dueño del hostel Rivadavia, una modesta pensión en la calle de Fuencarral donde Manuel Pérez Miranda y yo vivíamos durante nuestra beca en Madrid, en 1956. Además de cobrarlos extra por las duchas, a don Ramón le encantaba entrometerse en nuestros días y preguntaba indiscreciones como si fuera nuestro tutor.

Aquella mañana de viernes le mentí. No, no salía simplemente a caminar. Llevaba toda la semana levantándome temprano para buscar a Azorín.

Todo fue culpa de Gonzalo Torrente Ballester, maestro de literatura española en el Instituto de Cultura Hispánica. Igual que don Ramón, Torrente Ballester era gallego. Tenía cuarenta y seis años pero los becarios lo veíamos como un viejo; tal vez porque calzaba lentes gruesísimos, color ámbar, y porque a pesar de eso necesitaba aproximarse libros y papeles a cinco centímetros de los anteojos.



Azorín

De ocho a diez de la mañana, todos los días, Torrente Ballester nos conversaba una clase apasionante sobre la generación del 98: Unamuno, Valle-Inclán, los Machado, Pío Baroja, Azorín. Sobre todo Azorín. Torrente Ballester sabía contagiar su entusiasmo y nos instaba a leer al académico para que descubriéramos las ventajas del punto y seguido, para que aprendiéramos el arte de la precisión, para que entendiéramos que el sujeto y el verbo son el corazón de la frase.

Torrente Ballester se preciaba, además, de conocer muy de cerca al autor de *La ruta de don Quijote*. Lo tenía como su maestro y amigo, y sabía secretos de sus intimidades, de sus manías.

A sus ochenta y tres años, Azorín padecía, según Torrente Ballester, una seria

adicción que se negaba a reconocer públicamente. Todas las mañanas se levantaba de madrugada y de su casa en la calle de Zorrilla hacía camino a pie hasta la estación del metro Banco de España. No descendía al tren subterráneo. Simplemente se acodaba en el barandal protector de las escaleras y se ponía a aspirar el olor fétido, asqueroso, emanado de las profundidades del metro mal ventilado. En palabras de Torrente Ballester ése era, además de su afición al cinematógrafo, el secreto vicio de Azorín en su vejez. Y al revelarnos el chisme, Torrente Ballester soltaba una risita mordaz.

Ese viernes en que me detuvo don Ramón en la puerta del hostel, fue el último día en que pensaba desmañanarme para buscar a Azorín. Habían resultado infructuosos los viajes anteriores del lunes, del martes, del miércoles y del jueves. Los madrugadores llegaban a la estación Banco de España como goteros: un obrero, una pareja, una mujer con niños..., o subían las escaleras en breves oleadas que cesaban pronto. Nunca se presentó el escritor durante la hora, hora y media, en que permeneé aguardándolo. Lo imaginaba como en la fotos que aparecían en sus libros o en el *ABC*: delgado como Don Quijote, con bombín oblongo y su largo abrigo, su bufanda, su aire más melancólico que triste.

Como a las seis y media, un poco más tarde que los días anteriores, llegué a la Cibeles y crucé hacia las estación del Banco de España.



Genaro Lahuerta, José Martínez Ruiz, "Azorín", s/f

Me detuve a unos pasos de la estación. Se estaba produciendo la oleada de pasajeros surgidos de las escaleras después del paso del tren. Allí, acodada en el barandal, una figura estática parecía mirar hacia el interior. Llevaba ciertamente el abrigo, pero no el bombín oblongo.

Me aproximé despacio, de espaldas al hombre, y a cuatro pasos de distancia descubrí, no la figura larga y espigada de Azo-

rín, sino a quien parecía un hombre de baja estatura, ligeramente encorvado.

¡Santo Dios! Me sorprendí, era mi maestro Gonzalo Torrente Ballester.

Reaccionando de inmediato a aquella primera impresión pensé de momento que él también iba a espiar a Azorín, o que lo estaba aguardando en cumplimiento de una cita.

Avancé un paso más, lo suficiente para advertir que una vez despejadas de tran-

seúntes la entrada y salida de la estación, Torrente Ballester se ponía a aspirar con fruición aquel vaho pestilente emanado de las entrañas del metro. Aspiraba y se enderezaba y se encogía después, en balanceo, para repetir con más empeño y energía sus asquerosas inhalaciones.

Cuatro, cinco minutos permanecí observándolo a sus espaldas sin que él detectara mi presencia. Después me fui. [1]

De ocho a diez de la mañana, todos los días, Torrente Ballester nos conversaba una clase apasionante sobre la Generación del 98: Unamuno, Valle-Inclán, los Machado, Pío Borja, Azorín. Sobre todo Azorín.